

PUENTE CANDAMO, José A. de la - PUENTE BRUNKE, José de la (eds.): *El Perú desde la Intimidad. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904)*. Lima. 2008. Pontificia Universidad Católica del Perú. 807 pp.

La dimensión íntima de los grandes protagonistas de la Historia se devela en su correspondencia. Muy especialmente si ésta va dirigida a los miembros de la inmediata familia, con la cual se suele tener mayor libertad para expresar pareceres y sentimientos. A través suyo se descubre no sólo lo relacionado a la esfera privada –cuestiones cotidianas y domésticas, cercanas preocupaciones y cariños– sino también la verdadera posición frente a hechos de mayor envergadura, de trascendencia política, social y económica. En suma, nos ofrece una visión más certera de su real sentir con respecto a ellos, mayormente desprovista de los disimulos y protocolos propios de cartas oficiales y otros documentos de alcance público.

En tal sentido, para quienes se ocupan de la Historia del Perú y de América Latina en el último cuarto del siglo XIX y comienzos del siglo XX, es particularmente útil y bienvenida la publicación de *El Perú desde la Intimidad. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904)*. Su principal protagonista es el autor de buena parte de la correspondencia allí consignada, que fuera un notable hombre público del último cuarto del siglo XIX y comienzos del XX, y que fuera Presidente del Perú de 1903 a 1904. La publicación ha sido hecha por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en base a la edición preparada por José Agustín de la Puente Candamo (nieto materno de don Manuel) y su hijo José de la Puente Brunke, ambos historiadores y profesores en la mencionada universidad.

Un epistolario como el de Manuel Candamo se inscribe en aquello que se conoce como un “auto-documento”. Meses atrás (febrero de 2009) hubo en Lima, Perú, un congreso al respecto, donde se pasó revista a toda una gama que incluía, además de epistolarios, a las autobiografías, las memorias, los diarios, los testimonios sobre hechos concretos y otros, todos ellos en función de su utilidad para los historiadores. Pero hay diferencias sustanciales entre estas variedades. Las cartas, reunidas –cuando éstas sobreviven y es posible hacerlo– en conjuntos epistolares, se distinguen en su forma y en su fondo. Aunque las hay larguísimas, de decenas (cuando no centenares) de páginas, las más lo son de tan sólo una o de unas pocas. Tienen un destinatario concreto (un individuo o conjunto de individuos en particular), frecuentemente están datadas (o se puede inferir la fecha –no siempre– del contenido de la misma carta) y tratan de hechos por lo general más inmediatos. Si bien contienen historias y reflexiones mayores, se hacen en torno a dichos hechos. Son fiel manifestación de precisos estados de ánimo, circunstanciados por acontecimientos varios o por la misma cotidianeidad.

Si bien las cartas contienen testimonios, no suelen serlo exclusivamente, ya que la intencionalidad de estos últimos es la de referir impresiones, más o menos pormenorizadas y analíticas, sobre realidades particulares, de forma que se pretenden finales e imperecederas. Suelen dirigirse a una audiencia más amplia, a través de publicaciones especiales (en diarios, revistas o libros) o en presentaciones personales. Las crónicas de conquistadores españoles en tierras americanas son formas de testimonio, que describen el mundo que están confrontando de acuerdo a sus patrones y

categorías. Lo son también los escritos auto justificadores de personajes públicos, tras un período de particular desempeño, o los de los testigos presenciales de acontecimientos catastróficos (por ejemplo de los sobrevivientes del 11 de setiembre en Nueva York o del 11 de marzo en Madrid, de los ataques terroristas de años recientes, que pueden incluso encontrarse por Internet, donde también aparecen testimonios varios –los más de extrema superficialidad– en “Facebook”, blogs y otros canales o soportes) y tantas otras variantes. Los diarios también son testimonios, por cierto, pero de carácter más íntimo, dirigidos a uno mismo y sólo indirectamente –por lo general– alcanzados a un público mayor.

Un “testimonio” más ambicioso, más amplio, en que se pretende abarcar toda una experiencia de vida, y por lo tanto se diferencia de las cartas (bien que éstas, en su conjunto, pueden aproximarse en “tono” y contenido), son las memorias (suma de testimonios) y las autobiografías. Estas últimas frecuentemente se diferencian muy poco de aquéllas, salvo por el nombre, cuando no pretenden ser más amplias. Abarcan toda una trayectoria vital, o gran parte de ella. El género, que como las biografías en general puede y suele incluir cartas (para mejor sustentar su contenido), salvo por algunos precedentes en la Antigüedad, surge en el Renacimiento y va cobrando fuerza en los siglos siguientes. *Las Memorias del Duque de Saint Simon*, en el tránsito entre los siglos XVII y XVIII, y tantas memorias y autobiografías (o, fusionadamente: “memorias autobiográficas”) en torno a la traumática experiencia de la Revolución Francesa (obispos, hombres públicos de todas las bancadas, damas de la antigua corte, sobrevivientes de la familia real, etc.), sirvieron de inspiración a tantas otras de la era romántica y del remanente del convulsionado siglo XIX.

La siguiente centuria, no menos convulsionada, siguió viendo la abundante aparición de memorias y autobiografías, aunque la agilización de los medios de comunicación les fuera dando nuevos formatos (al margen de nuevos impulsos y referentes). América toda, especialmente los Estados Unidos de Norteamérica, sería fuente de gran parte de estos “auto-documentos”, igualando y luego sobrepasando a Europa en la cantidad de los mismos. El Perú, con las grandes diferencias impuestas por las posibilidades materiales, ha sido modesto reflejo de esta tendencia. No en balde la misma universidad que ha publicado el *Epistolario* de Candamo, viene de publicar las *Memorias de un Historiador* (Lima, 2008), que preparara antes de fallecer (hace tres años) don José Antonio del Busto Duthurburu. Hispanista pero también indigenista, fue un especialista de la Conquista del Perú y sus protagonistas, y sus memorias se estructuraron –a partir de su marco familiar– en torno a su vida y quehacer académicos, con el espíritu de entrega y sinceridad que siempre lo caracterizó. Pero esto último no necesariamente es lo más distinguible en las publicaciones autobiográficas que hoy inundan las librerías. A los políticos e intelectuales se han sumado toda una pléthora de “celebrities”: actores, actrices, deportistas, es decir, todo aquél que ha creído o cree tener algo que decir, y que al hacerlo va a ser leído, escuchado y por lo tanto comprado. Entonces, a la motivación natural de ser atendido como portador y difusor de una verdad, se une la motivación económica que suele, muy frecuentemente, distorsionar a aquélla.

La historia de las cartas, en tablillas, papiros, pergaminos, papel de China u otros soportes, es casi tan vieja como la de la misma escritura. Fueron despachadas desde

la Antigüedad con un sin fin de propósitos: políticos o diplomáticos, a partir de faraones, reyes, ministros, embajadores y guerreros de pueblos que alguna vez alcanzaran gran esplendor; religiosos, como las famosas cartas de San Pablo y tantas más en tiempos de la consolidación y expansión de diversas confesiones; o meras misivas personales, de carácter romántico, familiar o amical, o en torno a intereses menudos en la esfera privada. De allí su valor y su utilidad. Son menos ambiciosas que las memorias o autobiografías, permiten el “feedback” que no los diarios (pese a que estos puedan encerrar mayor franqueza), son “testimonios” sin necesariamente puntualizarlo o pretender serlo del todo, entremezclándose con temas y consideraciones varias.

Hay muchísimas variedades de cartas, claro está, dependiendo de la calidad o carácter del autor, de la naturaleza del destinatario, del propósito con que se escriben y de las circunstancias en que se redactan. Las hay de carácter instructivo, como las de Felipe II a sus hijas, las hay incluso imaginarias (con intencionalidad política u otras) como las *Cartas Persas* de Montesquieu; las hay jugosísimas de información y detalles, agudas en sus observaciones y encima entretenidas (de lo uno y de lo otro las famosas cartas de Isabel Carlota del Palatinado, cuñada de Luis XIV, que junto con el mencionado Saint Simon o Madame de Sévigné ha permitido la cabal reconstrucción de aquel período brillante en la historia de Francia). Como las hay acartonadas, escuetas, plúmbricas o soporíferas, que más vale queden en el olvido.

El Perú desde la Intimidación. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904), como lo anuncia su título, contiene correspondencia entre Manuel Candamo y miembros de su entorno inmediato. Muy particularmente, las cartas que él le enviara a su esposa, doña Teresa Álvarez-Calderón Roldán de Candamo, a lo largo de las tres décadas expresadas. El grueso de las cartas son las que el futuro Presidente peruano escribiera a su referida esposa desde las postrimerías de la Era del Guano hasta, muy especialmente, el cautiverio que sufriera en Chile, al ser enviado a ese país como prisionero durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). En ellas, al tiempo que le relata las circunstancias de dicha prisión, su estado de salud y el de sus compañeros prisioneros, sus reflexiones sobre el estado de la guerra, sobre el carácter y trato de sus carceleros, también se ocupa sobre cuestiones políticas en el Perú y muy en particular de todo lo relacionado con su familia en Lima. No han sobrevivido directamente las respuestas que doña Teresa venía dando, pero se infieren en los comentarios que le hace don Manuel. Más adelante, aparecen cartas para los hijos, de los hermanos y un cúmulo de amistades y conocidos, en período que pasando por el llamado “de la Reconstrucción Nacional”, alcanza el del corto período gubernamental de Manuel Candamo, segado por su enfermedad y en gran medida inesperada muerte en 1904.

Son cartas, las escritas por Manuel Candamo (fuera de las que le escribieran sus hermanos Mercedes, Carlos o Virginia, otros parientes y amigos, consignadas en cada una de las cuatro secciones en que está dividido el libro), de un hombre inteligente, culto, recto, amante de su patria y de su familia. Cierto es que siendo de la pluma de un peruano, pudieron haber sido escritas por un ciudadano de elite de cualquier otro país del antiguo imperio español, cuando no de Occidente. Son reflejo, al margen del dicho (e innegable) patriotismo, de un país cuyo control venía siendo ejercido –y seguiría siéndolo por largo tiempo– por una fracción minúscula de una población en mucho postergada. Esto, pese a los esfuerzos titánicos (por no decir

heroicos y en gran parte trancos) que algunos –como el fundador del partido al que perteneciera Candamo, don Manuel Pardo y Lavalle (1834-1878)– desplegaran para educar e integrar a las mayorías nacionales a un proyecto común, que sólo podría fructificar en la muy larga duración. Pero no por eso la suya era una realidad menos *real*, o menos digna de ser expuesta y estudiada. Todo lo contrario, especialmente teniendo en cuenta la hombría de bien de Candamo y el interesantísimo –aunque terriblemente traumático para los peruanos- período histórico cubierto por el *Epistolario*.

Esta publicación contribuye a ir llenando un gran vacío en fuentes de este tipo para la reconstrucción de la historia del Perú. Salvo algunos cúmulos de cartas de ideólogos, militares y otros notables de la gesta emancipadora, incluidos en la *Colección Documental de la Independencia del Perú* (publicada por el Estado peruano entre 1971 y 1975, con el esfuerzo de diversos intelectuales y oficiales que fueran reunidos en comisión especial para tal fin, por el gobierno militar de aquel entonces), no es frecuente toparse con materializaciones semejantes en la escena cultural peruana. Hay tan sólo algunos esfuerzos salpicados en esta misma dirección que, dada la riqueza histórica del Perú –con tanto aún por poner al descubierto y analizar– merecen ser más imitados. La Pontificia Universidad Católica del Perú así lo viene entendiendo, tanto desde su Fondo Editorial como desde el Instituto Riva Agüero, que durante años viene publicando –en sendos volúmenes- la prolífica correspondencia del no menos prolífico intelectual y hombre público José de la Riva Agüero y Osma (cuyo nombre recibiera dicho Instituto de Altos Estudios, brazo de la misma universidad que fuera depositaria y heredera de su gran legado material y cultural). Esperemos que lo entiendan, también, otras instituciones semejantes en el Perú y los alumnos y colegas de José Agustín de la Puente Candamo y de José de la Puente Brunke.

Paul RIZO PATRÓN BOYLAN
Pontificia Universidad Católica del Perú

ALEMANY BAY, Carmen - ARACIL VARÓN, Beatriz (eds.): *América en el imaginario europeo: Estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. Alicante 2009. Publicaciones de la Universidad de Alicante. 194 pp.

América no fue descubierta sino inventada. Partiendo de esta afirmación escrita por O’Gorman en 1958, la presente obra intenta capturar las múltiples imágenes proyectadas durante cinco siglos desde Europa sobre el continente americano. El origen de este conjunto de artículos se encuentra en un ciclo de conferencias realizadas en la Universidad de Verano Rafael Altamira en el año 2005, por lo que, como es común en este tipo de recopilaciones, se intenta buscar una multiplicidad de puntos de vista acerca de un objeto de estudio. Dentro de éste, el complejo concepto de *Imaginario*, definido por Eva M^a Valero como “un conjunto de ideas, imágenes y representaciones colectivas”, se enmarca un estudio que corre a medio camino entre la historia cultural y el análisis filológico. George Duby ya utilizó este concepto en *Los tres órdenes o el imaginario* (1978), consagrándolo como término muy frecuentado por